

A young woman with dark hair, wearing a green top, is shown from the chest up, reaching her right arm upwards towards a large globe. The globe is positioned in the upper right quadrant of the frame. The globe shows the Americas in yellow and orange, with the Atlantic and Pacific Oceans in blue. The background is a solid, vibrant orange. The title 'El diario naranja de Carlota' is written in large, white, sans-serif font on the left side of the image. Below the title, the author's name 'GEMMA LIENAS' is written in a smaller, black, sans-serif font.

El diario naranja de Carlota

GEMMA LIENAS

En este nuevo diario, Carlota se plantea el tema de los derechos humanos y la inmigración. Así, con la ayuda y experiencia de algunos compañeros de clase de orígenes distintos, decide escribir sobre ello. Y es que, una vez más, Carlota está decidida a recabar la máxima información posible para formarse una opinión propia.

A Jordi, Biel, Itziar, Mariona, Isolda y Solomon

Una vez más, la palabra clave es «reciprocidad»: si acepto mi país de adopción, si lo considero como mío, si estimo que en adelante forma parte de mí y yo formo parte de él, y si actúo en consecuencia, entonces tengo derecho a criticar todos sus aspectos; paralelamente, si este país me respeta, si reconoce lo que yo le apporto, si a partir de ahora me considera, con mis singularidades, como parte de él, entonces tiene derecho a rechazar algunos aspectos de mi cultura que podrían ser incompatibles con su modo de vida o con el espíritu de sus instituciones.

Amin Maalouf
Identidades asesinas

18 de septiembre

Primer partido de baloncesto del curso y primer encuentro con el burro de mi hermano.

–¿Por qué me la has cogido? –le digo, interceptándole la retirada al pasillo.

–¿Te he cogido, qué? –pregunta Marcos poniendo cara de no haber roto nunca un plato.

–No disimules, tontaina. ¿Crees que no sé que has sido tú?

Marcos me mira como si no supiera de qué le hablo.

Fernanda, la chica que ayuda en casa, saca la cabeza por la puerta de la cocina.

–¡Vamos, no os peleéis!

Sus palabras, sin embargo, no me impiden echarle la bronca a Marcos:

–¡La bolsa de deporte! ¡Mi bolsa nueva, limpia e ideal!

–¡Ah! ¡Eso! Está en la cesta de la ropa sucia.

Le lanzo una de mis miradas asesinas y corro a buscarla.

Levanto la tapa de la cesta y veo lo que queda de mi bolsa.

Pero ¿qué demonios ha hecho mi hermano para dejarla como un churro?

Cojo la bolsa con dos dedos porque está hecha una auténtica porquería: como si alguien –¡el desgraciado de Marcos!– la hubiese lanzado al mar después de un vertido de petróleo.

Aúllo, y cuando ya estoy a punto de salir disparada a buscar al causante del desastre, entra Fernanda.

–No te preocupes, Carlota, la podemos poner en lejía y luego...

–De acuerdo, de acuerdo, Fernanda. Pero, antes, iré a cargarme a Marcos.

Fernanda se ríe.

–Marcos acaba de irse. Lo de hacerlo añicos tendrás que dejarlo para más tarde.

Me siento en la bañera, sin saber si echarme a llorar, a gritar u olvidarme de todo y prepararme para el primer partido de la temporada.

–Llegarás tarde, ¿no?

El comentario de Fernanda me pone el cohete en el culo.

Me levanto, voy a la habitación, meto la ropa de deporte en una bolsa –¡roñosa!– que he encontrado en el armario de Marcos, le digo adiós a Fernanda y me voy corriendo.

Llego por los pelos al partido.

–Carlota, ya creía que habías decidido quedarte en casa haciendo *panching* –dice el entrenador, que siempre está de broma.

Entro en los vestuarios cuando casi todas están saliendo. Me cambio a toda prisa.

El entrenador decide quién saldrá al campo y quién se quedará en el banquillo, y hace las últimas recomendaciones.

Saltamos al campo... y ¡qué sorpresa! Una de las chicas del otro equipo, a pesar del calor asfixiante de esta tarde de septiembre, trae pantalones largos y camiseta de manga larga. Durante unos segundos me quedo descolocada. ¿Por qué debe ir tan tapada? Quizá tiene una enfermedad en la piel, me digo finalmente.

En seguida me olvido de esa chica con tanta ropa y me implico a fondo en el partido. El marcador final, sin em-

bargo, no nos es favorable, aunque por poco.

–No os desaniméis, chicas –nos dice el entrenador–. La liga apenas empieza. ¡Tenemos tiempo para remontar!

Nos damos golpecitos en el hombro unas a otras y, con el agua de la ducha, se nos pasa el mal sabor de boca.

En el momento en que salgo, me topo con la jugadora de baloncesto que llevaba los pantalones largos. Ahora va enrollada con una toalla porque también acaba de ducharse. La abordo y le pregunto por su ropa de deporte, tan diferente a la de las otras jugadoras.

Se encoge de hombros y me sonrío.

–¡Era esto o nada!

–No te entiendo.

–Quiero decir que, en casa, somos musulmanes y ni mi madre ni mi padre quieren que vaya con las piernas y los brazos al aire ahora que ya tengo la regla. Pero a mí, me encanta el baloncesto...

Le encanta y lo hace muy bien, pienso. Porque, en parte gracias a ella, nos han ganado.

–Así que, si quieres continuar jugando, tienes que ir tapada, ¿no?

Afirma con un movimiento de cabeza.

–¿Y no es incómodo?

–Psé. Preferiría ir con pantalones cortos, pero estoy acostumbrada y no pasa nada.

19 de septiembre

No puedo parar de pensar en la dificultad que tiene que representar para la gente instalarse en una cultura que no es la suya. Debe de resultar chocante, ¿no?

–Carlota –dice mi madre–. Parece que no estés aquí.

Decido no darle más vueltas a mis pensamientos y hacer vida de familia, que hoy es el día de la semana, aparte de los fines de semana, que estamos con mamá.

20 de septiembre

Ana, la tutora, nos mira a todos tras sus gafas rojas.

–Bien, chicas y chicos, pasaremos el año juntos, no sólo en clase de lengua, sino también en la tutoría –dice.

Después, se pone a explicarnos cuestiones de tipo administrativo y de organización del curso y, por fin, da por acabado el preámbulo técnico y pasa a tocar el tema de las tutorías.

–Ya sabéis que este rato semanal lo aprovecharemos para resolver los posibles conflictos que tengáis y también para debatir temas que os interesen. Estoy abierta a vuestras sugerencias.

Levanto la mano.

–¿Sí, Carlota?

–A mí me gustaría que habláramos de la inmigración.

Nadia, una chica que ha venido nueva este año al centro, también levanta la mano.

–Estoy totalmente de acuerdo. Yo, como afgana, creo que puedo aportar mucho al debate.

Un murmullo de aprobación empieza a crecer en el aula...

–Sí, sí.

–Éste es un buen tema.

–Solomon también puede tener algo que decir.

–Pero ¿qué dices? –protesta Solomon–. Yo soy de aquí.

–Pues para ser de aquí, eres bastante diferente a los demás...

Miro a Solomon, que es guapísimo: los cabellos muy negros y rizados, la piel muy oscura, los ojos de carbón y la nariz ancha.

—¡Qué gracioso! —dice Solomon—. Como si no supieras que nací en Etiopía y que me adoptaron cuando tenía ocho meses. A los nueve meses ya estaba aquí con mi familia. Yo no soy inmigrante.

—Es verdad —dice Ana—. No se te puede considerar inmigrante porque tu familia es de aquí, tienes la nacionalidad de aquí y tu cultura es la de aquí...

—¡Eh! Un momento, mi cultura es la de aquí, pero mi familia también ha querido que conozca cosas de mi cultura de origen.

Lo observamos admirados.

—Pues sí —dice él—. Regularmente vamos a comer a un restaurante etíope que hay al lado de casa. Lo llevan una chica y un chico que vinieron de allí hace ya quince años. Mi familia dice que, cuando era pequeño, la primera vez que me llevaron me lo pasé pipa con lo que me dieron. ¡Y eso que la comida era muy picante! Seguramente estaba habituado a ese gusto.

—¡Hala! Si sólo tenías nueve meses cuando viniste. Probablemente no habías comido nada más que papillas en tu país.

—¡Claro! Pero mi madre biológica sí que se alimentaba con los platos de allí y, quizá, de este modo me transmitió el gusto por lo picante.

—Por supuesto.

—También conozco la música de mi país —continúa Solomon—. Y mi padre y mi madre me llevaron a visitar la ciudad donde nací: Góndar...

—Pues está muy bien que conozcas tus orígenes, pero, insisto, tú no eres un inmigrante.

—No. No lo soy.

—Yo lo que no entiendo es qué diferencia hay entre inmigrante y emigrante —dice Eli.

–Pues, mira, es muy fácil. El verbo *migrar* quiere decir «ir de un lugar a otro».

Ana va hacia la pizarra y dice:

–Si ponemos delante la preposición latina *ex*, que quiere decir «de» o «desde», el verbo pasa a significar «irse de».

–O sea yo he emigrado de Kabul –dice Nadia–, la capital.

Ana continúa:

–Si delante del verbo ponemos la preposición latina *in*, que quiere decir «a» o «dentro», el verbo pasa a significar «venir a».

–¿Sabéis qué? –dice Marcelo, con cara de sorpresa absoluta–. Siempre que pensaba en inmigrantes no pensaba en Nadia, sino en gente que da problemas...

–Ostras, tío. ¡Qué fuerte!

–¡Qué ideas de bombero!

–¡Eh! Que esto no me lo he inventado yo. Que lo he pensado por lo que oigo en el telediario. Siempre que hablan de las personas inmigrantes, hay algún problema.

–Esto es un estereotipo –dice Ana–. Y tiene razón Marcelo que los medios de comunicación focalizan y amplifican determinadas situaciones que son problemáticas (dificultades en la convivencia, robos) y nunca hablan de las situaciones positivas, que son la mayoría. Esto hace que la gente lo generalice y asocie siempre a las personas inmigrantes con problemas. Pero para eso hacemos este debate, para desmontar estereotipos y para ver las cosas claras.

–¿Por qué emigra la gente?

–¿A ti qué te parece? –salta Mireya–. Si te vas de tu país es porque no hay trabajo ni comida...

–No sólo por eso –replica Nadia–. También puedes irte por razones ideológicas. Por eso mi madre huyó en el año 2000 de Afganistán conmigo, que entonces tenía seis

años. Porque no estaba de acuerdo con el régimen de los talibanes que había en aquel momento.

–¿Qué es el régimen de los talibanes? –pregunta Eli.

Ana anima a Nadia a contarlo.

–A grandes rasgos –dice–, los talibanes son un grupo extremista islámico que gobernó Afganistán durante unos cuatro o cinco años. Este grupo hace unas interpretaciones extremistas y disparatadas de lo que tiene que ser la vida de una persona musulmana, sobre todo de una mujer. Así, mientras estaban en el gobierno, obligaban a las mujeres a usar el *burka*...

–¿El *burka*?

–El *burka* es un tipo de túnica que va desde la cabeza hasta los pies y te cubre por completo. Sólo hay una abertura a nivel de los ojos, que está tapada con una rejilla. El *burka* pesa mucho, es incómodo y no deja que veas bien ni que te orientes bien. Pues eso, que obligaban a las mujeres a llevar el *burka* en público y les prohibían trabajar e ir a la escuela a partir de los ocho años.

–O sea, que no teníais ningún tipo de libertad.

–Exacto. Y mi madre no podía cantar porque es una mujer y las mujeres no podían trabajar. Pero, además, la música estaba prohibida porque se consideraba contraria a la voluntad de Dios. Como el cine. Tampoco podías decir lo que pensabas si no estabas de acuerdo con lo que decían ellos...

–O sea, que no había libertad de expresión, como sí que tenemos aquí.

–¡Eh! No te creas que hace tanto. La tenemos ahora que nuestro país es una democracia, pero durante la dictadura franquista... –dice Berta.

Ana hace una señal con la mano:

–¡A ver! Os refresco la memoria por si alguien tiene algún lapsus. En el año 1936, España estaba gobernada por la Segunda República, un gobierno elegido por el pueblo español. Unos militares de derechas, comandados por el

general Franco, con el apoyo de la Iglesia y de los partidos conservadores, se levantaron contra este gobierno. Gente partidaria de la República y gente partidaria de los militares sublevados se enfrentaron en una guerra que duró tres años, es decir, la guerra civil. Los militares, ayudados por la Alemania nazi y la Italia fascista, vencieron en 1939. A partir de ese momento, Franco inició una dictadura que duró hasta 1975, año en que murió.

—O sea que la dictadura de Franco fue de 1939 hasta 1975. ¿Y no había libertad de expresión?

—No había libertad de ningún tipo. Por ejemplo, quienes dirigían películas de cine, una vez habían acabado una, tenían que pasar por la censura. Y cualquier escena que no estuviera de acuerdo con el régimen, se cortaba.

—¡No fastidies!

—¡Casi como los talibanes!

—¡Igual! Por ejemplo, una escena con un beso de tornillo era suprimida.

—¡Qué pasada!

—No sólo esto, al acabar la guerra civil, mucha gente se tuvo que exiliar a otros países, como hizo la madre de Nadia huyendo del régimen talibán.

—¡Ostras! Tiene razón.

—Resumiendo —dice Ana—: Quien emigra lo hace siempre impulsado por una situación insatisfactoria que cree que puede mejorar. Una de las principales razones por las que la gente deja su país es por motivos económicos.

—Está claro —dice Víctor—, si vives en un país pobre y no tienes nada para comer...

—Un momento —lo interrumpe Ana—, no me gusta nada esto de países pobres y países ricos. Prefiero hablar de países empobrecidos y países enriquecidos. Pensad que la mayoría de los países llamados del tercer mundo, como los de África, Asia...

Marcelo la para:

—¿*Tercer mundo* no es un término peyorativo?

–A pesar de que se puede interpretar así, en realidad es un término que introdujo en 1952 un geógrafo francés para referirse a los países que se acababan de descolonizar y que no estaban alineados, es decir, que no formaban parte del bloque capitalista ni del bloque comunista. En francés era *tiers*, o sea, un partitivo.

–¡Ah! Claro: un tercio del mundo capitalista, un tercio comunista y un tercio no alineado.

–Efectivamente. Y *un tercio* no es lo mismo que *tercero*, que es un ordinal. Pero ahora se los conoce de este modo: tercer mundo. De hecho, son los países que desde el siglo XV, pero muy especialmente a partir de finales del XIX, sufrieron la expansión política, comercial y, de paso, cultural, de los países del primer mundo en un proceso que se conoce como «colonialismo». Estos países colonizados eran ricos; ricos en materias primas, que fueron expoliadas por la metrópoli, o sea, los colonizadores.

Toda la clase lo escuchamos aterrados. No tenía ninguna conciencia de ser causa de la pobreza de los demás.

Carlos levanta la mano:

–Pues mi padre dice que en África son pobres por las guerras y los gobiernos corruptos. O sea, que es culpa suya.

–Te equivocas –dicen a la vez Solomon y Ana.

Sonríen los dos.

–Adelante, Solomon.

–Esto también es culpa nuestra. Los mandatarios corruptos generalmente se mantienen en el poder gracias a la complicidad de los gobiernos de Europa o de Estados Unidos. Y por otro lado, las guerras también las propiciamos desde el primer mundo; nuestros gobiernos venden armas al tercer mundo –explica él.

–Y, para acabarlo de arreglar, a menudo hemos fastidiado su medio de vida, la agricultura, introduciendo téc-

nicas de agricultura extensiva que han provocado problemas –dice Ana–. O bien, a base de venderles semillas genéticamente modificadas que los obligan a comprarlas siempre a las multinacionales. Y es que debéis tener en cuenta que, cada vez más, lo que mueve el mundo y marca la relación entre los países es el mercado. Para entendernos, las reglas del juego mundiales no vienen marcadas tanto por los estados como por los intercambios comerciales. Y la cuestión es que las normas que se dictan a nivel internacional favorecen a los países del primer mundo y desfavorecen a todos los demás.

–¿No se puede hablar también de países del Norte y países del Sur?

–No. Esta terminología induce a error. Parece que todo esté predestinado: si has nacido en el norte tendrás riqueza; si has nacido en el sur, pobreza. Lo que tiene que quedar claro es que la pobreza tiene un origen político y todos somos responsables de ella.

Ana nos mira. Nadie dice nada porque estamos bajo los efectos de la impresión recibida.

–Fijaos, dos mil millones de personas en el mundo viven con menos de dos dólares al día.

–Dos dólares, ¡qué poco!

–Efectivamente. Y esta situación es, a día de hoy, simplemente inaceptable, puesto que existen los recursos necesarios para poner fin a la pobreza extrema en el mundo. Lo que falta es voluntad política. De hecho, quienes nos gobiernan, en la Cumbre del Milenio de las Naciones Unidas del año 2000, se comprometieron a trabajar juntos y juntas para conseguir los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) en el año 2015 para erradicar la pobreza.

–¿Y?

–Los resultados saltan a la vista, ¿no?

Es evidente que queda mucho trabajo por hacer.

–Y hasta ahora sólo hemos hablado de la necesidad de buscar una vida mejor para ti y tu familia, pero esto impli-